

## **Prefacio al libro *Con Lenin y Trotsky*, de André Morizet**

**León Trotsky**

**3 de marzo de 1922**

(Versión al castellano desde “Léon Trotsky: préface à *Chez Lénine et Trotski*, Moscú 1921 de André Morizet”, en *Les cahiers du mouvement ouvrier*, número 61, primer trimestre de 2014, París, páginas 36-41; también para esta nota, no arrastramos los títulos intercalados por los CMO. El texto publicado aquí es el prefacio que Trotsky escribió para el libro de André Morizet, *Chez Lénine et Trotski*, publicado en 1922 al regreso del autor de un viaje de varias semanas a la Rusia soviética durante el verano de 1921, algunos meses después de la adopción de la Nueva Política Económica (NEP), sobre la que Trotsky se extiende en este texto. André Morizet se adhirió al Partido Socialista en 1895. En 1907 publicó un panfleto denunciando la violencia de la represión desencadenada por Clemenceau (el hombre político preferido hoy en día por Manuel Valls) contra las huelgas obreras. En 1919 fue elegido alcalde de Boulogne-Billancourt, puesto que ocuparía (con algunos intervalos causados por algunas revocaciones efímeras) hasta su muerte en 1942. Durante el Congreso de Tours en 1920 escogió al Partido Comunista, sección francesa de la Internacional Comunista<sup>1</sup>. En 1921 efectuó un viaje por la Rusia soviética, viaje que contó en un libro que no ha perdido su interés. Manifestó una viva admiración hacia Trotsky, pero al año siguiente, bajo la presión de Trotsky, la Internacional Comunista declaró incompatible la pertenencia al partido comunista y a la francmasonería, en la que Trotsky vio una de las numerosas y más peligrosas organizaciones que vehiculaban la influencia de la burguesía dominante. Ahora bien, Morizet era desde hacía mucho tiempo francmasón, más exactamente miembro de la Gran Logia de Francia. Invitado a escoger entre el partido y la francmasonería, Morizet escogió a esta última. En enero de 1923, Morizet dimitió del partido comunista al mismo tiempo que su secretario general, Ludovic-Oscar Frossard. Participó en la creación de un agrupamiento intermedio entre el partido comunista y la SFIO, la Unión Socialista Comunista. Fue elegido senador en 1927 y se unió a la SFIO en 1928. Reelegido senador en 1936 apoyó al Frente Popular. Cuando en noviembre de 1938 los huelguistas de Renault decidieron ocupar la fábrica para protestar contra las medidas antiobreras del gobierno Daladier, intentó que se evacuase la fábrica, con el apoyo del diputado del PCF Alfred Costes... y de la policía, que invadió la fábrica tras un encarnizado combate de cinco horas. La justicia condenó a varios centenares de huelguistas a penas de prisión en firme. Elegido más tarde senador, prudentemente no participó en la sesión del Senado que votó los plenos poderes para Pétain. Dimitido de sus funciones de alcalde de Boulogne-Billancourt, fue reinstalado en su puesto enseguida por las autoridades de la zona ocupada, colaboró con prudencia y murió en el año 1942.)

Querido camarada Morizet,

La noticia de que tiene usted en prensas una obra sobre la Rusia de los sóviets me ha alegrado sinceramente. Usted vino a Rusia como amigo. Tuvo la posibilidad de ver todo lo que mereció su atención. Sirve usted a la causa del proletariado francés y del proletariado universal: por tanto, a usted no le puede mover otra cosa que no sea el deseo de decirle a las masas trabajadoras la verdad sobre la primera República del Trabajo. Eso es lo más importante y precioso.

Sabe usted mejor que yo cuántas mentiras se han difundido sobre nosotros. Las calumnias internacionales capitalista o socialdemócrata contra la Rusia soviética pueden dividirse en dos grupos. Al primero pertenecen los productos de una fantasía rencorosa y no desinteresada: informaciones sobre los festines de los dignatarios soviéticos, sobre los encarcelamientos de unos a otros, sobre la “nacionalización” de las mujeres de la burguesía por los borrachos, etc. Esas mentiras están llenas de contradicciones internas,

---

<sup>1</sup> Serie [Tercera Internacional](#). [Internacional Comunista](#). [Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista](#) y otros materiales, en estas mismas EIS.

son monótonas y estúpidas. Sólo engañan a los conserjes más atrasados y a algunos ministros. Al segundo grupo pertenecen las mentiras que contienen alguna parcela de verdad. Estas son unas calumnias de calidad superior. Su campo es más amplio y más ricos sus recursos.

La revolución es cosa muy difícil, sobre todo en un país que cuenta con decenas de millones de campesinos retardatarios. Armado con una cámara fotográfica de malas intenciones, no es difícil tomar vistas de la actual Rusia soviéticas que, en su conjunto, harán las delicias de no importa qué burgués reaccionario. La revolución consiste en destruir para construir de nuevo. Para comprender la revolución, tanto en sus aspectos elevados como en sus aspectos sombríos, hay que aprehenderla en su necesidad interna, en la lucha de sus fuerzas vivas, en la continuación lógica de sus etapas. Con ello, no quiero decir en absoluto que la revolución sea infalible. Pero para comprender sus faltas, como también sus conquistas fecundas, es necesario un amplio horizonte histórico.

Cuando emprendimos la tarea de crear un ejército todavía se encontraba en Rusia un grupo importante de oficiales franceses; fueron testigos de los primeros esfuerzos militares de la Rusia de los sóviets. Veían aquellos esfuerzos con gran escepticismo. Yo no albergaba dudas de que sus informes a París debían llegar siempre a esta conclusión: de ahí no saldrá nada. Estos pequeñoburgueses de uniforme no veían en la revolución más que destrucción, crueldad, desorden y caos. En efecto, todo ello forma parte de la revolución. Pero en la revolución hay algo más grande: despierta a la vida a millones de hombres en las masas populares atrasadas, los arma con grandes objetivos políticos, les abre nuevas vías, suscita en ellos la energía latente. He ahí por qué la revolución obra milagros. Parecería que todo esto no es necesario demostrárselo ya a un pueblo que cuenta en su pasado con la Gran Revolución.

Durante estos últimos años he pensado a menudo en estudiar la prensa inglesa de la época de la Gran Revolución Francesa, los discursos de los ministros de entonces y de sus domésticos políticos, de los Clemenceau y de los Hervé de entonces, con el fin de comparar las calumnias reaccionarias de las clases dirigentes inglesas de fines del siglo XVIII con las mentiras difundidas por *Le Temps* y sus acólitos sobre la Rusia soviética durante estos últimos años. Desafortunadamente, todavía no he tenido tiempo para hacer ese trabajo. Pero estoy seguro por adelantado de que el paralelismo sería sorprendente.

Los radicales ingleses contemporáneos a Robespierre buscarían, sin duda alguna, analogías, por otra parte, perfectamente justificadas, con la Revolución Inglesa del siglo XVII, lo que, inevitablemente, tenía que provocar las indignadas protestas de los piadosos historiadores reaccionarios.

Debieron decir que la Revolución Inglesa, a pesar de todos sus “excesos” fue por lo menos un gran acontecimiento mientras que el Terror francés sólo era la revuelta de un populacho ignorante y sanguinario.

En resumidas cuentas: incluso armada con las mejores intenciones del mundo, la reacción no es nada imaginativa. Las calumnias oficiales francesas contra la revolución de los sóviets sólo son, entre otras cosas, un robo literario, un miserable plagio de los periodistas a sueldo de Pitt.

Hay que ver la asquerosa alegría con que los Merrheim y sus patronos hablan de nuestras dificultades económicas. Ahora, están exultantes proclamando a todos los vientos que hemos vuelto al capitalismo. ¡Alborozo prematuro! La república soviética ha socializado la banca, las empresas industriales y la tierra. Para entregar todos esos bienes a sus propietarios hay que derribar y aplastar a la revolución. Estamos más lejos que nunca de eso. Puede usted afirmárselo con toda certeza al proletariado francés.

Lo que es justo es que hemos cambiado nuestro método de construcción. Conservando las empresas en manos del estado obrero, empleamos los métodos de

evaluación del capitalismo y de la circulación mercantil para estimar si son ventajosas o no.

Cuando hayamos alcanzado un nivel infinitamente más elevado del desarrollo socialista, entonces solamente nosotros podremos dirigir todas las empresas de un centro único, distribuyendo racionalmente entre ellas las fuerzas y recursos necesarios de acuerdo con un plan nacional previamente establecido.

El estadio actual de desarrollo tiene un carácter preparatorio. Subsiste el mercado. Dentro de ciertos límites, las empresas industriales del estado tienen libertad de acción, pueden vender y comprar, creando así las bases vivas para el futuro plan económico único del socialismo. Es cierto que, al mismo tiempo, consentimos en ofrecer en concesión a los capitalistas tal o tal otra empresa. El régimen económico retardatario y las riquezas naturales inagotables de Rusia abren un amplio campo de aplicación al capital de los concesionarios. El estado conserva las empresas esenciales, las más importantes, de la industria y el transporte.

De este modo admitimos una competencia entre las concesiones puramente capitalistas y las empresas homogéneas pertenecientes al estado socialista, teniendo estas últimas un indiscutible predominio. Toda la cuestión radica en la correlación de fuerzas.

Antaño, los reformistas acariciaban la esperanza de que la cooperación engulliría poco a poco al capitalismo. Esta esperanza era pura utopía mientras el poder perteneciese a la burguesía, defendiendo el derecho de propiedad privada sobre los medios de producción. En lo concerniente a Rusia, mientras el poder pertenezca a la clase obrera, y las ramas esenciales de la industria sigan en manos del estado, una restauración del capitalismo lenta y “sin dolor” por las concesiones no es más posible que la regeneración socialista del capitalismo mediante la cooperación.

Nada permite hablar de vuelta al capitalismo. Se trata de un cambio en el método empleado para edificar el socialismo. Nuestra experiencia y los resultados obtenidos en la nueva vía serán del mayor provecho para la clase obrera de todos los países.

Durante estos cinco años de revolución hemos aprendido mucho. Pero no hemos renunciado a nada. Dudo que el mundo capitalista, tal y como ha salido del infierno de la guerra, y tal y como lo vemos hoy en día, nos dé motivos para proceder a una revisión de nuestras concepciones fundamentales. El capitalismo ha sido condenado por la historia. El futuro le pertenece al comunismo.

Fraternales saludos comunistas

*Moscú, 3 de marzo de 1922*  
*León Trotsky*

**Edicions Internacionals Sedov**  
**Serie Trotsky inédito en internet y en castellano**

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)